

Pero cuando esta poblacion que hace ochenta años, no habia traspasado los límites de los Alleghanys se encontró estrecha en el valle del Misisipi y remontándose hasta el origen del Missouri, se aproximó á las montañas Pedregosas y llegó hasta el Pacífico, se comprendió en América que se podía tomar una posesion, sino superior á la de la Luisiana, comparable á ella. La principal cuestion era el comercio de Asia por el Pacífico; no se trataba de adquirir solamente un comercio como el del valle del Misisipi. El Asia se hubiera encontrado á las puertas de New York, mediante escelentes puertos y un ferrocarril que partiese de San Luis; de esta manera quedaba suprimida la peligrosa navegacion del Cabo de Hornos y no era necesario cortar el istmo de Panamá, ni dirigirse á una potencia estrangera, para obtener un paso que á pesar de todo no es esclusivamente americano.

El oro de California desvió por un momento la colonizacion del Oregon; pero una vez pasada esta sed insaciable, se habia de volver forzosamente á un país que ofrece mas recursos agrícolas y comerciales que la California. En los periódicos ya se ha visto el proyecto de un ferro-carril gigantesco aunque posible, que partiendo de San Luis de Missouri, ó del lago Machigan, franqueara las montañas Pedregosas, para terminar no en California, sino en Puget-Sound, que es una de las mas bellas posesiones de este pequeño mar interior, y que comunica con el Océano por el estrecho de Juan de Fuca; sin vacilar se puede decir que es el asiento que la naturaleza ha designado para una ciudad que no existe todavía, y que será el emporio del comercio de Europa y Asia, y la rival de New York.

La importancia de esta posesion comprendida desde el primer dia por el génio comercial de los norteamericanos, explica claramente el empeño que han empleado para obtener la posesion del Oregon. En 1845, el presidante anunció en un mensaje la intencion formal de hacer prevalecer el derecho claro é inatacable de los Estados Unidos sobre el Oregon, ó bien (que viene á ser lo mismo,) la resolucion de sostener este derecho aunque fuese por medio de las armas. Merced á la moderacion de Inglaterra que cedió en sus pretensiones, y á la habilidad de lord Ashburton (M. Baring,) hubo un tratado que apaciguó á las dos naciones rivales, y terminó con la lucha de estas potencias marítimas que sin falta un dia ú otro se disputarán la supremacia de los mares.

No abrigamos la intencion de seguir las numerosas y oscuras cuestiones que promovió la querella del Oregon. Desde que se aban-

dona el principio de la ocupacion permanente, se pierde uno en los pormenores cuya verificacion es imposible; háse fundado el derecho del imperio en una correría de cazadores, pero no podemos nosotros dejar este hecho sin llamar la atencion sobre la política que en tal ocasion proclamaron los norteamericanos. Es un principio enteramente nuevo para Europa, y puede ser que esta, no lo adoptará completo como los Estados Unidos lo suponen; este principio que es á propósito para conducirnos á complicaciones serias, estriba en que el continente de América no ha pertenecido mas que á los americanos, y por consiguiente, ninguna potencia europea tiene derecho á tomar posesion, ni siquiera para establecer una colonia, lo cual seria el fin de todas las cuestiones de prioridad en hecho de descubrimiento, y una causa de paz para mantener el equilibrio político: no hay duda que es un asunto de los mas graves, y puede ser un dia la causa de una guerra general entre las dos potencias.

Este principio que si es reconocido por Europa, asegura la dominacion de los Estados Unidos en todo el continente de América, pues no hay un solo Estado americano del Centro ó del Sud, que sea capaz de detener aquella omnipotente expansion; este principio que en tiempo dado arrojará á Inglaterra del Canadá y á España de sus últimas posesiones, es desde hace mucho tiempo la regla de la política norteamericana. Así lo han comprendido Madison y Monroe; pero ya en 1845, en vísperas de la guerra, fué proclamado por el presidente Polk con un ardor y una claridad dignas de notarse, porque allí existe, lo repetimos, el gérmen de un imperio cuya grandeza asombra la imaginacion.

Vergennes lo habia previsto; y nuestros lectores nos permitirán que cite sus proféticas palabras. Aceptando la guerra con los ingleses para emancipar el Norte América, Vergennes no se hacia ilusion alguna sobre el porvenir que Francia iba á liberrar.

«Léjos de regocijarnos de los sucesos, decia al embajador inglés, lord Stormont, los miramos con cierta pena, y lo que está sucediendo en América, no es conveniente á nadie. Veo las consecuencias de esta independenciam á la cual aspiran vuestras colonias, que querrán tener embarcaciones, y como no les faltan recursos, podrán sobrepujar á todas las marinas de Europa, y llegarán á verse en el estado de conquistar nuestras islas. Estoy convencido que con el tiempo no se estancarán así, sino que avanzarán hácia el Sud, y someterán ó arrojarán los habitantes, y no dejarán ocupar á las potencias europeas, una sola pulgada de tierra en América. Sin duda

no será mañana cuando se manifiesten estas consecuencias; ni vos, milord, ni yo las veremos; mas no por ser distantes deben ser menos ciertas. Una política de corta vista, puede regocijarse de los males de una nacion rival, sin pensar en el despues del momento actual; pero para quien vé mas léjos, y piensa en lo venidero, lo que pasa en el Norte de América, es un suceso enojoso para toda nacion que ha adquirido posesiones en el nuevo mundo; esto es así, os lo aseguro, porque tengo consideradas las cosas desde hace mucho tiempo<sup>1</sup>.

En 1775 fué cuando Vergennes se exclamaba de esa manera, y bien podemos juzgar el interés con que Luis XVI, ilustrado por su hábil ministro, amparó la libertad americana, sabiendo que fundaba un imperio.

Ahora vemos despues de sesenta años la confirmacion de las profecías de Vergennes, si puede llamarse profecía un golpe de vista tan seguro: en el fondo son las mismas palabras del hombre de estado francés en boca de un presidente norteamericano, Polk, que en su corta magistratura, tuvo la gloria y dicha de terminar la discordia del Oregon, y la guerra de Méjico, la cual dió la California á los Estados Unidos.

Con motivo del Oregon, el presidente Polk hizo en su mensaje de 1845, la enérgica declaracion de principios siguiente:

«La rápida estension de nuestros establecimientos en territorios hasta entonces deshabitados, y la añadidura de nuevos estados á los que comprende la federacion, (aquí se refiere á Tejas,) la expansion de los principios de libertad, nuestra grandeza naciente como nacion, han llamado la atencion de las potencias de Europa, y últimamente en algunas se ha emitido la doctrina de un equilibrio de los Estados de América para detener nuestro progreso. Los Estados Unidos desean sinceramente conservar relaciones de buena inteligencia con todas las naciones; pero no pueden sin embargo autorizar con su silencio ninguna intervencion europea en el continente de la América del Norte, y si tratan de intervenir nos opondremos á todo trance.

«La América sabe lo mismo que las demás naciones, que nuestro gobierno no ha intervenido jamás en las relaciones que existen en los otros Estados; jamás hemos tomado parte en sus guerras ni en sus alianzas, ni hemos tratado de conquistar su territorio, ni jamás nos hemos mezclado con los partidos en sus disensiones intes-

<sup>1</sup> Raumer. Die Vereinigten Staaten von N. Amerika. Leipsig, 1845, t. 1.º p. 96.

tinias, y creyendo que nuestra forma de gobierno es la mejor, no hemos descendido á propagarla por intrigas, por la diplomacia, ó por la fuerza.

«Tenemos el derecho de reclamar para este continente, la exencion de toda intervencion europea. Las naciones de América son soberanas é independientes al igual de las de Europa, y poseen el mismo derecho de estar al abrigo de toda intervencion estrangera, de hacer la guerra, de concluir tratados de paz, y de arreglar sus negocios interiores del mejor modo que lo entiendan.

«El pueblo de los Estados Unidos, no puede ver, pues, con indiferencia que las potencias europeas traten de intervenir en la accion independiente de las naciones de este continente. El sistema de gobierno americano es completamente distinto del europeo; los celos de los diversos soberanos, y el temor de que el uno se hiciese mas poderoso que el otro, ha hecho desear en Europa lo que se llama equilibrio político; pero es preciso que esta palabra carezca de sentido para el continente del Norte, y en particular para los Estados Unidos. Debemos siempre sostener como justo principio, que el pueblo de este hemisferio es el único que tiene derecho á decidir de su propio destino. Si una parte de este pueblo, constituyendo un Estado independiente, propone unirse á nuestra federacion, es un negocio que se debe ventilar entre este pueblo y nosotros, sin intervencion de ninguna potencia estrangera. No sufriremos jamás que las naciones de Europa intervengan para impedir tal union, so pretexto de que se desequilibraria la balanza de los poderes que desean mantener entre nosotros.

«Hace cerca de veinte y cinco años que en el mensaje de uno de mis predecesores, (Monroe) fué anunciado clara y distintamente al mundo el principio de que los continentes americanos por la posicion libre é independiente que han adquirido y sostienen, no deben ser considerados de hoy en adelante por las potencias europeas como un campo abierto á nuevas colonizaciones. Este principio debe sostenerse aun con mayor energía, si alguna nacion de Europa trata de establecer en el Norte América una nueva colonia.

«En las circunstancias actuales, es oportuno reíterar y afirmar por segunda vez el principio admitido por Monroe, y declarar cuan prudente en política lo consideramos. Respetaremos todos los derechos existentes de las naciones europeas; pero para seguridad nuestra, y en propio interés, la proteccion de nuestras leyes debe estenderse á todo nuestro imperio, y debemos anunciar en voz

alta al mundo, como cosa cierta de nuestra política, que en lo venidero ninguna colonia europea se establecerá con nuestro consentimiento en parte alguna de la América del Norte.»

Comprendamos toda la gravedad de esta política que separa el nuevo continente del antiguo y que opone la América al resto del Universo; se encierra ahí un hecho que para el porvenir es de suma trascendencia. El Norte América no pesó en la balanza política hasta su declaración de independencia; el movimiento del mundo era el de Europa. Las colonias eran satélites que seguían la suerte del astro principal, y tan solo en nuestros campos de batalla se decidía la posesión de las colonias de España, Holanda y Francia.

Hoy, que la América inglesa, lo mismo que la española y la portuguesa han conquistado su independencia y tomado su rango entre los Estados, parece que toda distinción de origen está borrada entre las metrópolis y las colonias, y que no hay más que un mundo y una política. Europeos ó Americanos, debemos temer la tiranía de donde quiera que venga, y mayormente la tiranía de los mares, menos visible pero no menos peligrosa que la opresión de un conquistador. El interés de todos está en que no haya una potencia muy considerable y poderosa que pueda poner en peligro la paz general. Sin duda Europa no tiene ya derecho de ir á colonizar en provecho propio territorios que son la propiedad de Estados soberanos; pero esto no tiene nada de comun con la pretensión de que blasonan los Estados Unidos, de escluir á Europa de toda intervención en los negocios americanos. Lo que ellos así desean, no es la neutralidad que aconsejaba Washington, sino una política de acción, el derecho de conquistar á Méjico como conquistaron la California, y el propósito de cumplir la profecía de Vergennes, sustituyendo por todo la raza inglesa á la española. En ello hay un sério peligro y parece imposible que la Europa acepte semejante mengua. El mundo no es europeo ni americano, es solidario y debe combatir á la monarquía universal, tanto en el antiguo como en el nuevo hemisferio, tanto si el conquistador se llama rey, como República. Nuestra admiración por América nos costaría muy cara si nos impidiese ver el peligro que ya preveía el sábio ministro de Luis XVI, peligro que se hará mucho más visible, si los Estados Unidos dejan crecer un vicio que ya apareció en la guerra de Méjico, á saber, la ambición, el espíritu de conquista y de engrandecimiento; causa cierta de la ruina de una república, si se ha de creer á Montesquieu, y más aun á la experiencia.

## CAPÍTULO IV.

**Primeras tentativas de colonización.—Historia de la Virginia.**

Descubierto el Nuevo Mundo, Inglaterra se mantuvo por mucho tiempo indiferente á los destinos de ese país, al que había de suministrar el núcleo de la población y cuya prosperidad debía asegurar á la raza inglesa una influencia sin rival.

Enrique VII, aliado de Fernando de Aragon, si bien que político ambicioso y sagaz, nada se decidió á emprender á consecuencia de la bula de Alejandro VI, y Enrique VIII no se mostró más dispuesto á fomentar los proyectos de colonización. La activa parte que tomó en las cuestiones del continente le absorbió por completo durante los mejores años de su reinado: bastante hizo con estar en expectativa, para influir á veces en la política de Carlos Quinto ó de Francisco I. Posteriormente, las disensiones con la corte de Roma y el cisma que las siguió, crearon en su nación tal estado de inquietud y agitación que ni ocurrírsele podía la empresa de semejantes expediciones.

Por otra parte, algunas tentativas hechas en ese reinado ó en el de María Tudor para dirigirse á las Indias por el polo Norte (lo cual era ya el ideal de aquel siglo) dieron tan malos resultados, que poca confianza habían de inspirar al rey ó á los particulares empresas de aquella índole. Uno de esos viajes, sin embargo, fué algo afortunado para que deje de mencionarse. Al dirigirse al Nordeste para encontrar el nuevo camino de las Indias, los ingleses descubrieron el puerto de Arcángel, lo cual era como descubrir la Rusia.

Quizás parecerá hoy extraño que nuestros pasados tuvieran tan escasos conocimientos de la tierra; y no es menos cierto, sin embargo, que en pleno siglo XVI (1553) Ricardo Chancelour fué el primer